

SENTIDO DE LA ACCION TEMPORAL DEL CRISTIANO

*A propósito del esquema conciliar sobre
"El Apostolado de los Laicos"*

El esquema sobre el apostolado de los laicos fue discutido en el Concilio en la sesión III, del 7 al 13 de octubre. La IV sesión volverá a ocuparse del tema.

En el debate, el Cardenal Browne planteó el problema del sentido del Apostolado de los Laicos. Según su opinión, al hablar de apostolado de los laicos, debía distinguirse claramente este apostolado de aquel que le compete a los clérigos. San Pablo afirma en la Epístola de los Corintios que "*no son todos apóstoles*" (I Cor. 12, 29), y en la dirigida a los Efesios "*que sólo algunos han sido elegidos como Apóstoles*" (Ef. 4, 11).

Por otro lado, Mons. Guerry, obispo de Cambrai, Francia, mencionó la diferencia entre dos objetivos del apostolado: la evangelización y la animación cristiana del orden temporal y pidió que se definieran mejor estas dos formas del apostolado. Insistieron también sobre este aspecto Mons. De Vet, obispo de Breda, en nombre de la conferencia Episcopal holandesa; Mons. Mac Grath, obispo de Santiago, Veraguas, Panamá, y Mons. Larrain, obispo de Talca, Chile¹.

Esta tendencia a distinguir claramente entre el apostolado de los laicos y el de los clérigos, y el mayor acento puesto en la importancia del compromiso cristiano con el orden temporal, se ha ido afirmando en los últimos años. Ha sido objeto de numerosas alusiones en documentos pontificios y textos conciliares² y ha pasado a ser tema de abundante reflexión teológica³.

¹ Concilio Vaticano II; Informativos del Ufficio Stampa: Congregación General XCVI, XCVII, XCIX y C, del 7 al 12 de octubre de 1964.

² Pío X, Encíclica *Il fermo propósito* del 11 de junio de 1905; Pío XII, discurso de Pentecostés, AAS 33 (1941), pág. 215; mensaje de Navidad de 1943, AAS 36 (1944), pág. 20; Alocución del 8 de febrero de 1947; Juan XXIII, Alocución a las Comisiones Preparatorias del Concilio, AAS 52 (1960), pág. 1004 s.; Constitución Dogmática "*De Ecclesia*", Cap. IV, Los laicos, n. 31, *L'Osservatore Romano*, n° 641, ed. argentina.

³ Y. Congar, *Jalones para una teología del laicado*, Ed. Estela, Barcelona, 1961,

En los trabajos de numerosos autores encontramos actualmente una insistencia mayor en la idea de que el apostolado de los laicos se caracteriza, predominantemente, por la animación del orden temporal, sin excluir en general, el anuncio directo de la palabra evangélica⁴.

Estos planteos, lo mismo que las discusiones conciliares, nos mueven a esbozar algunas reflexiones, a modo de sugerencias. No pretendemos, por cierto, darles un valor definitivo y exclusivo; pues, sobre temas tan nuevos y discutidos sería pretensión utópica querer aclararlo todo en pocas palabras. Inclusive, algunas de nuestras afirmaciones generales exigirían mayor precisión, que no es posible lograr en poco espacio. Creemos, no obstante, que podrán ser útiles.

¿En qué consiste el apostolado de los laicos? ¿Qué significa la animación cristiana del orden temporal?

I. PRINCIPIOS BÁSICOS

El Plan de Dios, el fin por el cual creó el mundo y al hombre, se concreta en la participación de la vida divina en el Reino de Dios. El ha destinado a la humanidad para unirla a sí mismo en comunidad de amor. En esto se resume el fin por el cual creó el mundo: comunicar su bondad⁵.

Este plan se desarrolla desde el comienzo de la creación; pero podemos distinguir en él dos aspectos, como dos caras o dos líneas. Mons. Journet⁶ habla de la humanización progresiva del cosmos y de la divinización progresiva de la humanidad.

1. La humanización del cosmos

El mundo en crecimiento y desarrollo, de acuerdo a sus leyes naturales, puede ser entendido como un proceso de humanización progresiva. Toda la naturaleza tiende hacia el hombre⁷, está preparada para su servicio; los seis días del Génesis nos muestran el plan providencial por el cual Dios prepara un universo para el hombre (Gén. I, 1-26).

El mandato de dominio de la naturaleza (Gén. 1, 28), la entrega de los animales a Adán para que les ponga nombre (Gén. 2, 19),

c. VIII; K. Rahner, *L'Apostolat des laïcs*, Nouv. Revue Theologique, 78 (1956), págs. 3-32; T. Suavet, *L'Engagement temporel et Apostolat du Laïc*, Vie Spir. 105 (1961), págs. 385-394; B. Dupuy, *Bibliografía orgánica*, Vie Spir. 105 (1961), págs. 408-420; J. Adúriz, *Para un estudio teológico del estado laical. Ensayo bibliográfico*, *Ciencia y Fe* XIII (1957), págs. 55-67.

⁴ Es la opinión de Congar y de Rahner; ver obras citadas.

⁵ Suma Teológica, I pars. q. 44 a. 4.

⁶ Charles Journet, *L'économie de la loi de nature*; *Rev. Thomiste*, 61 (1961), págs. 498-519.

⁷ K. Rahner, *La cristología dentro de una concepción evolutiva del mundo*; *Escritos de Teología*, Vol. V, pág. 181, Ed. Taurus, Madrid, 1964.

nos recuerdan la función transformadora y humanizadora del hombre. Las cosas que Dios ha hecho, transformadas por la tarea humana, reciben como un nuevo ser. Se hacen del hombre, cual si fuesen su prolongación biológica e intelectual; se cargan de vida humana hasta volverse parte suya: los animales que domina prolongan sus piernas al transportarlo; la piedra que usa para cortar, alarga y hace más eficaz la acción de su mano⁸. El hombre pone en el mundo que lo rodea, su imagen y semejanza, de modo parecido a como Dios puso en él la suya. Toda fabricación técnica, toda creación artística, toda investigación científica, hace más humano el universo.

En otro plano, también podemos hablar de un crecimiento en la humanización, en cuanto que la interioridad de cada hombre y las relaciones entre los hombres se vuelven más humanas. No sólo las cosas son transformadas en esta marcha de crecimiento y desarrollo, sino que los hombres a su vez se transforman⁹.

La fabricación de instrumentos, la creación del arte, son manifestaciones exteriores de una transformación interior. La riqueza de conocimiento, de sensibilidad y de imaginación están en constante acción de flujo y reflujo sobre el mundo exterior. Modifican las cosas y son modificadas por ellas. Pero el crecimiento en las facultades interiores repercute también en un cambio en las relaciones entre los hombres. Las técnicas posibilitan nuevas formas de comunicación. Las culturas se transforman, se intercomunican, se producen nuevas situaciones y las relaciones cambian. Así surgen las instituciones jurídicas y sociales.

El intercambio, el crecimiento en la intercomunicación, permite a su vez un nuevo progreso en la riqueza de experiencia y conocimientos. Cuanto más comunicados los hombres, mayor facilidad para que los conocimientos pasen de unos a otros y para que se multiplique la riqueza de experiencia vital que cada individuo recibe de los demás y trasmite a su vez.

Así el desarrollo de las técnicas, consiste en una humanización del cosmos, pero a su vez repercute en una transformación del hombre interior que se enriquece por medio de ellas en conocimientos y experiencia, e intensifica su relación con los otros hombres.

De este modo, el proceso de humanización puede también ser llamado personalización, si se considera el desarrollo de la capacidad interior del individuo y socialización, si se mira a la intercomunicación creciente.

⁸ Charles Journet, o. c.

⁹ Los escolásticos distinguían en el trabajo la *perfectio operis* y la *perfectio operantis*. Ver Todolí O. P., *Filosofía del Trabajo*, pág. 13; Publicaciones del Instituto Social León XIII, Madrid, 1954.

Lo uno y lo otro constituyen una liberación de condicionamientos y crean una posibilidad cada vez mayor en conciencia y en comunicación.

Pero la concreción de esa posibilidad sólo depende de la respuesta de cada uno. El hombre más libre y consciente puede amar más, pero también puede obrar el mal con mayor intensidad.

Con grandes dificultades, estancamientos y retrocesos¹⁰, esta humanización surge por lo menos como aspiración de justicia, de paz; está reflejada en el derecho, en las leyes sociales, en las instituciones religiosas, en la reflexión de los filósofos. Se concreta en el proceso de desarrollo de la cultura, en la toma mayor de conciencia sobre el valor de la persona y en la valorización del sentido de comunidad. Es "*el creced y multiplicaos*" y "*el poblad y dominad la tierra*" del Génesis, lo que aquí se cumple. La carne de la carne y los huesos de los huesos de Adán va llenando el mundo con su presencia, y va tejiendo un entramado complejo de relaciones e intercambios; y con ello logra que cada individuo, núcleo del entramado, crezca en conocimiento y capacidad de dominio. El mundo se intercomunica y se personaliza.

Este proceso está limitado. Hay un término que establece la misma falibilidad e imperfección del hombre, que no puede extender su dominio sobre la naturaleza de modo absoluto y pleno. Pero hay una limitación más dolorosa y pesada y es la que surge como consecuencia del pecado. Buscando un Reino perfecto de felicidad, el hombre, a causa del odio y la soberbia, no encuentra la realización plena de sus ansias. El proceso de las técnicas y de las civilizaciones está condenado a un cierto fracaso; el fracaso impuesto por el pecado que trae la desunión, las rencillas, el dolor y la muerte (Gén. 4, 6-7, 11). La humanización de las instituciones, de las normas del derecho, la mayor explicitación de la conciencia moral en lo que se refiere a la justicia y al respeto de la persona, no hacen automáticamente más virtuoso al hombre, porque éste queda siempre libre de responder afirmativa o negativamente a las posibilidades que le brinda el progreso.

2. *La divinización de la humanidad*

Junto a este proceso, el del crecimiento natural, hay otro más sutil, menos visible, no manifestado, que constituye como la otra cara de la historia, lo que se ha llamado la historia de salvación y que viene a ser como el eje interior del movimiento del tiempo: es la acción de Dios en el tiempo, es la divinización progresiva de lo humano. El plan que fracasa parcialmente por el pecado, es retomado por

¹⁰ J. Maritain, *Filosofía de la Historia*; Troquel, Buenos Aires, 1960.

la acción de la gracia. Dios se injerta progresivamente en la historia divinizando la acción y la vida del hombre ¹¹.

Así se formula la promesa a los primeros padres después del pecado (Gén. 3, 15). Es, después, la presencia de Dios junto a los patriarcas, la renovación de la promesa, la comunicación de la ley, la manifestación de la palabra divina por medio de los profetas y, finalmente, la Encarnación de la Palabra en Cristo.

Desde el comienzo de la historia, Dios está obrando en ella y comunicando su gracia a los hombres que le son fieles, fuera y dentro del pueblo elegido. Hay una providencia para todos los hombres (Hechos 14, 16-17) y una salvación posible ofrecida a todos (1 Tim. 2, 4); salvación que se explicita, se objetiva y se hace visible en un pueblo, custodiado especialmente para que cumpla una misión respecto a los otros pueblos ¹². Si bien Dios obra con su gracia, misteriosamente, en el alma de todos los hombres que le son fieles, este pueblo es reservado para que en él sean bendecidas todas las naciones de la tierra (Gén. 12, 3); para que la dispersión y la confusión de lenguas, que se produjo después de Babel por la soberbia, sea remediada por el mensaje de Salvación en el amor, que traerá el Verbo encarnado y por la comunicación del Espíritu Santo, espíritu de amor. Las técnicas y las civilizaciones, fracasadas parcialmente en su tendencia natural, a causa del pecado, son retomadas y consagradas por la acción de Dios, quien prepara desde el núcleo interior de la historia, el reino escatológico que se hará manifiesto al final de los tiempos y realizará plenamente lo que la historia humana ha estado buscando a tientas en la oscuridad.

Cristo glorificado, obra en el mundo a través de la Iglesia. Por la Iglesia se ha de hacer explícita la acción divina. La Iglesia comunica a los hombres la nueva vida que trajo Cristo y esta vida es la del amor. Si bien en todos los pueblos y en todas las culturas hay una búsqueda del ideal de justicia, de amor y de paz, por medio de la Iglesia este ideal se ha de explicitar haciéndose realidad concreta en Cristo y por medio de Cristo. Es a través de la humanidad del Salvador que fluye la gracia hacia todos los hombres, y la Iglesia es el eje central y el canal explícito de este flujo de la vida divina.

¹¹ San Ireneo habla de las dos manos de Dios, que son el Verbo y el Espíritu Santo y que modelan el plasma que es el hombre. Estas dos manos son las que conducen la historia de la salvación; ver A. Orbe, *Una teología cristocéntrica del hombre*, en *Gregorianum* 43 (1962), pág. 449. Los Padres Griegos ponen el acento en la idea de la Redención como divinización del hombre; ver J. Oggioni, *El misterio de la Redención* (Pequeña Biblioteca Herder), Barcelona, 1961, págs. 50-52.

¹² K. Rahner, *Historia del mundo e historia de la salvación; Escritos de Teología*, V, pág. 115.

II. ANIMACIÓN CRISTIANA DE LO TEMPORAL

A partir de estos principios generales, podemos ahora pensar en el significado que tiene la animación cristiana del orden temporal.

La acción de la Iglesia tiene un doble aspecto:

- a) La Iglesia santifica a los hombres iluminando la mente por la predicación de la palabra de Dios y purificando el alma por los sacramentos;
- b) pero, además, tiene indirectamente un influjo benéfico sobre todas las cosas humanas, en cuanto que la acción santificadora refluye sobre lo temporal.

Así el proceso de humanización del cosmos, trunco en sí mismo por el pecado, es retomado por la acción de la Iglesia y llevado a su consumación por el proceso de divinización de lo humano. "*Todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios* (I Cor. 3, 21-23). El universo entero se somete a Cristo por medio de los cristianos, y en Cristo el universo se une a Dios.

La Iglesia sólo se interesa directamente en las cosas espirituales, pero al predicar la justicia, el amor, la templanza, pone las normas que repercuten en el orden temporal, y de este modo, indirectamente, realiza una acción reordenadora.

Esta doble acción, directa e indirecta, la realiza por la actividad de todos sus miembros, sacerdotes y laicos. En unos predomina la acción santificadora de los hombres, aunque no exclusivamente, en otros predomina la acción transformadora de lo temporal, aunque tampoco en forma exclusiva.

1. Eucaristía y Acción Temporal

Mientras que el sacerdote se ocupa más plenamente de la acción santificadora, por los sacramentos y por la predicación, el laico, predominantemente, tiene la misión de animar con su acción el orden temporal.

El sacerdote es el que ejerce la función de cabeza de la comunidad eclesial que preside. Como cabeza de esta comunidad es el encargado de mantenerla unida por la fe común; es en este sentido centro de unidad, alma de un cuerpo viviente.

El laico como miembro de esta comunidad, es el que la injerta en la gran comunidad humana, la mete en el mundo, la introduce en la historia; es, por lo tanto, el que tiene la misión de animar con la fuerza divinizante la marcha ascendente que tiende a humanizar el cosmos.

El sacerdote crea la energía interna que el laico debe volcar sobre las cosas del mundo. En la consagración eucarística el sacerdote pre-

side el misterio de la cristificación de las cosas creadas, de modo misterioso y sacramental. El universo, representado en el pan que se ofrece, se transforma en Cristo. En la comunión los cristianos, unidos al sacerdote, se unen entre sí y en Cristo y de alguna manera también con todo el cosmos así asumido y transformado. En la hostia que se ofrece están presentes y representados todos los hombres y todas las cosas; todo esto se hace Cristo.

La continuación y la concreción de lo que se vive en la Misa sacramentalmente, es la realización de la tarea cotidiana con el mismo sentido de consagración. El laico se injerta en el mundo y con él injerta a Cristo, al Cristo que él ha comulgado. Al realizar su tarea temporal está consagrando las cosas profanas, divinizando las cosas humanas.

La Misa es así el centro de la historia, el eje directriz de la energía que transforma al mundo. El sacerdote hace así de fuerza impulsante, consagra la Eucaristía que transforma, y enseña la doctrina que hace tomar conciencia de la fuerza transformadora.

2. *La fuerza transformante del amor cristiano*

La fuerza transformadora de lo temporal es concretamente el amor. Las cosas de la tierra sólo se injertan en lo divino en la medida en que el amor de Cristo las envuelve.

La animación cristiana del orden temporal significa la animación de las cosas por el amor.

El amor que Cristo trajo a la tierra es el único que puede hacer que las técnicas humanas, que han transformado el cosmos, sirvan para la felicidad de los hombres. Es el amor la fuerza que puede hacer que las instituciones que congregan a los hombres, sean eficaces en su búsqueda del bien, y de la justicia y de la paz. Es el Espíritu del amor, el Espíritu Santo, el único capaz de unir a los hombres de diversas lenguas y naciones, dispersadas por la soberbia de Babel, en una nueva torre, que ahora sí, llega hasta el cielo por medio de la Iglesia (Hechos 2, 1-13).

La caridad se vuelve así una fuerza ordenadora. Ordena los bienes exteriores de tal modo que pueden servir al hombre para que se desarrollen las virtudes interiores. Mueve al ejercicio de la justicia y de la templanza.

El laico anima cristianamente al mundo en la medida en que pone la caridad en lo que hace y la difunde en el medio en el cual actúa. Esto significa que ejerce su apostolado de un modo especial curando toda dolencia y enfermedad, como los apóstoles enviados por Jesús (Mt. 9-10). El Evangelio penetra en el mundo cuando el laico anuncia el reino de Dios con el testimonio de su caridad, transformando las estructuras y haciendo que su ordenamiento sea más justo, más

espiritual, más humano. Por medio de esta acción, el mundo que en su desarrollo busca ciegamente su humanización, se humaniza efectivamente por la caridad divina; y en la medida en que se hace más humano se acerca al ideal divino. Así toda acción temporal del cristiano, es una anticipación, incompleta y remota, y como en germen, de la perfección final que tendrán las cosas en el Reino de los cielos, después de la resurrección. Ciertamente que no estamos en el cielo y que aquí en la tierra siempre tiende a predominar el egoísmo y el mal. Sin embargo, el germen del amor, por más limitado que sea, es para el cristiano un destello fugaz del cielo y, por lo tanto, una anticipación.

3. Creación y Resurrección

Esta transformación de mentes y estructuras, impulsada por el amor, está relacionada con la acción del Espíritu Santo que habita en el cristiano; pero a través de la acción del Espíritu, también se relaciona con el misterio de la resurrección.

El espíritu que habita en nosotros, es el espíritu de resurrección, el que ha resucitado a Cristo, el que ya ahora está habitando en nuestros cuerpos mortales (Rom. 8, 11). Su acción no se reduce solamente a iluminar la mente de los hombres, sino que también tiene un influjo sobre lo corporal, aunque invisible, que sólo aparecerá con la resurrección en la cual se manifestará nuestra gloria (Col. 3, 3-4)¹³. El Espíritu que ha resucitado a Jesús, tomando posesión total de su cuerpo humano¹⁴, obra sobre nuestros cuerpos, poniendo la semilla de la resurrección, para que también nuestro cuerpo carnal se vuelva cuerpo espiritual (I Cor. 15, 35-49). Por eso Santo Tomás dice que la gracia es el germen de la gloria¹⁵, pues en ella está contenida algo que se desarrollará plenamente en la resurrección final.

Pero si el Espíritu Santo obra sobre nuestros cuerpos y pone una semilla misteriosa en la materia, también podemos pensar que a través de nuestra acción de cristianos sobre lo temporal, se verifica una acción vivificante y resucitante.

La caridad con que obramos sobre el mundo pone en las cosas la semilla de la nueva creación, que ha de hacerse manifiesta en la resurrección. La creación *que gime con dolores de parto esperando la manifestación de los hijos de Dios*, espera que esta manifestación

¹³ S. Lyonnet, *Redención del universo*, Ed. Cuadernos Heroica, Buenos Aires, 1960, págs. 79-101; L. Cerfaux, *Le Christ dans la theologie de Saint-Paul*, Ed. Du Cerf, Paris, 1951, págs. 68-69.

¹⁴ O. Cullmann, *Baptism in the New Testament*, Ed. Press L. T. D., Londres, 1958, págs. 9 s. Idem, *Le Christ et le temps*, Ed. Neuchâtel, 1947.

¹⁵ Suma Teológica, III pars. q. 63 a. 6 ad 3; q. 70a. 4; Suplemento q. 76 a. 1.

comience, por supuesto en forma limitada y oculta, por la acción de transformación temporal que sobre ella realizamos (Rom. 8, 18-22).

La caridad ordena las cosas de este mundo, pero no siempre de un modo infalible y visible. Muchas veces los esfuerzos de amor más nobles, quedan totalmente sin fruto constatable y el mundo sigue en el mal y en el pecado. Sin embargo, a un nivel más hondo, creemos que el Espíritu Santo obra como fuerza resucitante; la semilla queda puesta; al final de los tiempos se manifestará. Así toda obra fundada en el amor, tiene una permanencia eterna, pues la caridad permanece para la vida eterna (I Cor. 13, 8-13); ella va tejiendo un mundo invisible, una catedral oculta, cubierta ahora como por un velo; en el día de la venida de Cristo, se quitará el velo y aparecerá ese nuevo cielo y nueva tierra que es obra del Espíritu de Dios, pero que se actúa también desde dentro nuestro por el impulso de amor. De ahí que podemos decir que todo lo bueno, todo lo santo que se hace en este mundo, tiene un valor escatológico¹⁶ y que ningún esfuerzo realizado aquí en la tierra se ha de perder, todo se recupera en forma gloriosa en la Parusía¹⁷.

Si bien no es el esfuerzo del hombre el que fabrica el Reino de los Cielos, porque éste no es homogéneo con el proceso de la historia, sin embargo no se puede decir que sea totalmente heterogéneo. Algo de lo que hacemos es preparación, disposición de lo que ha de venir por la Acción de Dios.

El nuevo cielo y tierra no significa la destrucción del cielo y tierra anterior, sino su purificación y renovación¹⁸. Todo lo malo y caduco del Mundo es quitado, es podado, pero es el mismo sujeto el que es transformado por una fuerza que ya ahora, y desde el triunfo de Cristo, está presente en la historia y obrando desde dentro¹⁹.

Ciertamente que en el mundo hay mucho egoísmo, mal y pecado; es cierto que el mundo en que vivimos ya es un mundo caduco²⁰ y que el Reino definitivo no tiene semejanza con éste en cuanto a esplendor y perfección. No obstante, no por eso podemos pensar que todo es malo y negativo, pues también en este mundo está el germen del nuevo, gimiendo con dolores de parto y esperando manifestarse.

Las obras humanas hechas sin amor son enormes cadáveres, monstruos para el mal. Pero las mismas pueden ser redimidas por el amor, salvadas y transformadas. Las máquinas por el egoísmo esclavizan,

¹⁶ N. Berdiaeff, *Essai de méthaphisique eschatologique*, Ed. Aubier, París, 1941.

¹⁷ M. Schmaus, *Permanencia y progreso en el cristianismo*, Ed. Taurus, Madrid, 1964.

¹⁸ Y. Congar, *Jalones para una teología del laicado*.

¹⁹ G. Thils, *Theologie des réalités terrestres*, II Théologie de l'Histoire, Ed. Désclée de Brouwer, 1949; O. Cullmann, *Christ et le Temps*; G. Bonsirven, *Teologia del Nuovo Testamento*, Ed. Marietti, 1952, pág. 295.

²⁰ J. Danielou, *El misterio de la historia*, Ed. Dinor, San Sebastián, 1957.

pero por el amor pueden liberar; la ciencia por el orgullo envilece, pero dirigida por el amor, nos sumerge en las maravillas de Dios. Lo mismo podemos decir del arte, de la literatura, de la economía o de la política. El cristiano es el que debe transfigurar estas cosas en la medida de sus posibilidades y sabiendo que para él no existe el fracaso total, porque la semilla del Espíritu queda sembrada para la vida eterna.

CONCLUSIÓN

El planteo del problema del apostolado de los laicos en el Concilio nos ha llevado a estas reflexiones. Quedan muchos puntos oscuros por aclarar, pero creemos que estas ideas pueden servir para iluminar algo el sentido de la acción temporal del laicado.

El laico trabaja en la tarea temporal junto a otros hombres no cristianos, que también ponen su empeño y su esfuerzo en mejorar el mundo. Pero él lo hace sabiendo claramente cuál es el límite y el Sentido de esta tarea.

Tiene conciencia del límite, porque conoce el misterio del pecado, y presiente el fracaso parcial de las obras humanas cuando en ellas no está presente el amor.

Sabe también cuál es el sentido de esta tarea; intuye detrás de las cosas creadas el plan de Dios, y entiende que hay un mensaje de Salvación y una fuerza de renovación que se puede comunicar a través de su testimonio. Este testimonio de Amor fundado en el Evangelio y transmitido por la palabra y por la acción, es el que transfigura las cosas humanas y anticipa el Reino de los Cielos.

PEDRO GELTMAN